



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 22 DE OCTUBRE DE 2017

Olga de León / Carlos Alejandro

Cafeína para despertar

LOS TRABAJOS DEL ARTE ABSTRACTO.
CARLOS ALEJANDRO

Siente el golpe de la cafeína y despierta de su dormitar en la silla de la cafetería. Ordenó un chocolate caliente, servido con leche deslactosada light. Aguarda cinco minutos más, hasta que arriba la persona que espera. No están seguros sobre dónde desayunar. Uno propone ir al centro comercial; el otro, subir al comedor de la universidad. Deciden retroceder en el tiempo y elegir mediante un "piedra, papel o tijera".

En otra mesa, dos jóvenes charlan en francés. "¡No nada más como tú dices!", eleva la voz una de ellas. La cafeína ha tenido su impacto. El hombre que dormitaba cinco minutos antes, con su lunar en la frente, se acerca a ellas mientras su compañero entra al baño, antes de que ambos se dirijan al centro comercial. Pero se apena, se arrepiente y sigue de largo hasta la mesa donde se encuentran las servilletas y los sobres con azúcar. Pensó en mostrarles las dos pinturas sobre papel, plastificadas, con las que carga en el portafolios.

No cree que las pinturas sean importantes, ni el experimento que su amigo le pidió realizar con ellas en el salón de clases. Se trata de dos imágenes abstractas, predominantemente de colores pastel; difíciles de clasificar, sin embargo, como neo-expressionistas. Su amigo le ha pedido que las cuelgue en el salón de clases, frente a sus alumnos, para que las califiquen de acuerdo con el nivel de belleza, creatividad, novedad, complejidad y lo interesante de las imágenes.

Es una investigación sobre la importancia de la belleza y de la creatividad en las decisiones de compra de los individuos, cuando están en los mercados de arte. El problema es: el profesor del lunar grande no cree que las piezas puedan ser calificadas como obras de arte. Pero al parecer su amigo ya ha realizado el experimento exitosamente con otros alumnos, en otras materias y universidades. Pero nunca en una clase de estética No hasta ahora.

Los resultados obtenidos sugieren que la belleza es un factor que determina las decisiones de compra de los consumidores, no así la creatividad, que suele pasar de largo en la mente de los compradores. Es un hecho importante, porque los artistas gastan su ingenio en producir obras creativas; aunque el mercado, al parecer, no valora tal esfuerzo.

El amigo sale del baño y ambos se dirigen al desayuno. Huevos a la mexicana. De ahí, el profesor del lunar grande regresará a clase, con las pinturas y los cuestionarios en mano: incluyendo preguntas como la edad, la educación previa en las artes y la cuestión: "Si tuvieras que comprar un cuadro, ¿cuál elegirías?" El hombre del lunar cree que él no compraría ninguno; las pinturas ni siquiera se encuentran firmadas por el autor.

Arriba al salón de clases. Saca de su portafolios cinta adhesiva y el par de pinturas: cuarenta y dos por cincuenta y nueve centímetros: las cuelga sobre el pizarrón de fondo blanco y los alumnos comienzan a entrar. Ellos han aprendido que el concepto de belleza es subjetivo. Hay trazos que bien podrían representar el vuelo de un pájaro.

La imaginación se alza. El profesor se acerca con cuidado. Observa el



contraste entre los celestes y el rojo y el pájaro se acelera, despegando como una ilusión que estalla en mil colores, cuya trayectoria surca el viento y dinamita su propio corazón. Está, definitivamente, frente a la obra de un artista. La cafeína ha hecho su trabajo.

UN ALTO EN EL CAMINO
OLGA DE LEÓN

Una taza de café para despertar verdaderamente. Pone cuatro cucharadas razas de café, al que le añade canela ya en el filtro, vierte agua para cuatro tazas dentro del depósito, y enciende la cafetera. Mientras espera diez minutos, más menos, vuelve a la recámara y toma la ropa que vestirá ese día, la deja en el baño y con cepillo y pasta para dentadura sensible, limpia sus dientes y muelas, antes de tomar el desayuno... al terminar, repetirá la acción.

Finalmente, disfruta el café recién hecho. Regresa al baño, se ducha, seca todo su cuerpo y el corto cabello que así lo lleva hace ya más de veinte años. Una vez vestida, empieza a elegir aretes y se los pone en los lóbulos de sus orejas. Toma un labial, pinta sin mucha destreza sus labios, coloca una sombra entre gris y café indefinido en la parte superior de sus párpados, justo debajo de las delgadas cejas, algo más claro y ligeramente entre rosa y lila pálido deja que el cepillito difuma los colores combinados encima de los párpados hundidos —no le van colores fuertes, en esa parte, los ojos se verían aún más hundidos— delinea también con polvo humedecido por su propia saliva, pero con la parte más delgada y firme del cepillo, una media rayita muy fina de color marrón tenue sobre la parte inferior, pegada a las pestañas.

Lista, está lista para enfrentar el mundo. ¡Oh, no!, falta rimel negro en las pestañas o parecerá que no se ha despertado totalmente. Ahora sí. Echa hacia un

lado las pantuflas, calza sus zapatos y toma el bolso que le van bien a esos que llevará hoy para recorrer su destino.

Condujo con la certidumbre de cada día, solo que este, no iba al mismo lugar. Y, no obstante, pareciera que sí, por lo menos durante los primeros kilómetros. No encendió el estéreo, no acostumbraba oír música mientras manejaba. Iba, pues, concentrada en el camino, hasta que un conjunto de nubes empezó a descender casi a la altura de sus ojos que en ese momento veían el camino y en el horizonte al sol que iba desapareciendo. No se inquietó, pues recordó que ya llevaba varias horas manejando. Había pasado frente al Instituto, y no se percató de ello, era como si ni lo hubiese visto o la empresa se hubiere empequeñecido.

Eso fue todo, no pensó más en ello. ¿A dónde iría?, no saber eso empezó a inquietarla; si al laboratorio de fibras químicas definitivamente no lo vio en su trayecto, entonces por qué conducía como si supiera a dónde llegaría. Las nubes la siguieron, flotaban entre el cielo gris y el capote de su auto, pero no lo sabía, creyó que también esas enormes nubes que vio acercarse demasiado, hubieran vuelto a las alturas. Y realmente no pensaba en ello, sino en qué hacía conduciendo su coche en sábado, ¿o sería domingo?

Sonó una alarma. La escuchó a lo lejos, retirada de las ventanas del coche. Tenía buen oído, por eso estuvo segura de que había sonado: dónde: no lo sabía. Hasta que con la cabeza ligeramente levantada, leyó en un anuncio en la carretera: "Oaxaca, 100 kilómetros". Quiso detener la marcha; hizo lo contrario: aceleró, y empezó a sudar copiosamente; ella nunca sudaba, no notoriamente. Se sale del camino y se detiene para tranquilizarse. Cuando decidió bajar del auto, por más de treinta segundos no logró abrir la puerta. Al fin

sale.

Le temblaban las piernas, respiraba muy lentamente y no se desmayó gracias a la lluvia que las nubes sobre el capote de su auto dejaron caer empapándola de cabeza a pies. "En dónde estoy", musitó. "¿Qué hago aquí?". Apenas terminó de cuestionarse, vio que un centenar de personas caminaban aceleradamente, casi corriendo hacia ella, parada junto al auto y aún de pie.

El café olía estupendamente. Dio el salto de la cama y recordó que era lunes, pero ya no iría al trabajo. La dejaron ante el dilema de: ¿qué haré de ahora en adelante? Fue por su taza de porcelana favorita, quiso servirse un poco de café para acabar de despertarse: estaba en la cama de nuevo: no se había levantado, solo lo pensó, ¿o lo soñaría? Se dio media vuelta para seguir durmiendo y... soñando.

El sismo empezaba a derrumbar casas y edificios de oficinas y comercios en Oaxaca. La gente salió corriendo, la que pudo escapar de la catástrofe, pero no del impacto que las visiones reales les había dejado tatuadas en memoria y corazón. Ahora lo recordaba todo perfectamente, recordó quién era y hacia dónde debía haber manejado: no hacia Oaxaca, no, por supuesto que no: ese día debía haber ido a dar su clase. Pero el puente que se cayó había matado a cinco estudiantes y de los cuarenta que quedaron heridos, más de diez estaban en cuidados intensivos.

Se atrevió unos días antes a criticar la endeble construcción del puente. Nunca más daría clases allí. Se alegró de su actitud y por fin se paró de la cama y con toda tranquilidad tras servirse el aromático café en su taza de interior rojo, dio el sorbo más apetecible que jamás hubiese dado.

...Y, sin embargo, al interior del instituto de fibras químicas, el mundo seguía su curso, aún sin despertar.



Robert Capa

El artista de la lente Robert Capa, quien nació el 22 de octubre de 1913, es considerado una leyenda del fotoperiodismo, quien cubrió los sucesos bélicos más importantes del siglo XX, como la Guerra Civil de España, la Segunda Guerra Mundial y la Guerra de Independencia de Indochina.

Endre Ernő Friedmann, su nombre real aunque después se le reconociera como Robert Capa, nació en Budapest, Hungría, nació dejó en 1930 para estudiar Periodismo y Ciencias Políticas en la Academia Alemana de Política, en Berlín.

El primer acercamiento de Capa a la fotografía fue como asistente de cuarto oscuro en la Agencia Alemana de Fotografía; en 1933, con la llegada del nazismo al poder, se mudó a París.

Al principio el nombre de Robert Capa era un pseudónimo inventado por Friedmann junto con su compañera Gerda Taro en 1936, con el cual exhibió y vendió sus primeros trabajos, y a pesar de ser descubierta la ficción, decidió conservar el nombre.

En ese periodo, Capa y Taro realizaron varios viajes a España, donde documentaron la Guerra Civil, de la cual se derivaron varias de sus fotografías más emblemáticas, como la "Muerte de un miliciano", tomada en Córdoba el 5 de septiembre de 1936.

Debido al impacto de dicha obra, Robert Capa desarrolló su filosofía: "si tus imágenes no son lo suficientemente buenas, no estás lo suficientemente cerca".

Después de que Gerda Taro fuera asesinada en 1937 en España, Capa viajó a China y en 1939 emigró a Nueva York, donde fue enviado de vuelta a Europa como corresponsal en la Segunda Guerra Mundial.

En su cobertura destacó el trabajo que realizó en eventos como los bombardeos japoneses sobre China, las campañas del norte de África y el "Día D", cuando las tropas aliadas desembarcaron en la playa de Omaha, Normandía, el 6 de junio de 1944.

En 1947, con Henri Cartier-Bresson, Rodger Vandeiver y David (Chim) Seymour, fundó Magnum Photos, la primera agencia cooperativa de fotógrafos independientes, y un año después se desplazó a Oriente Medio para fotografiar los combates en Palestina.

El 25 de mayo de 1954, cubriendo la guerra de Indochina (Vietnam), murió destrozado por la explosión de una mina que pisó inadvertidamente.

ad pēdem literae

"Confía en el tiempo, que suele dar dulces salidas a muchas amargas dificultades."

Miguel de Cervantes

Letras de buen humor

"No soy pesimista. Soy un optimista bien informado."

Antonio Gala

Joana Bonet

¿Hablamos?

Hubo un tiempo en que, cuando nos despertaban por teléfono, intentábamos que no se nos notara el sueño aún agarrado a la garganta.

Insistíamos en aclarar la voz, en asegurar que ya estábamos en pie, acaso para disculpar nuestra somnolencia o para no hacer sentir mal al despertador humano que nos había levantado de la cama. Entonces aún no aparecían los números entrantes en la pantalla del teléfono fijo, y por tanto podía sorprendernos cualquiera, desde nuestro jefe a un ex. Un sentimiento retributivo, y a la vez moral, nos obligaba a coger la llamada en lugar de rechazarla: habíamos recibido una educación fundamentada en la cortesía, y no atender una llamada, además de una desconsideración, podía ser una imprudencia, una dimisión de la comunicación social que nos brindaba el cable.

Hoy, en cambio, ¿por qué nos resulta tan difícil marcar un número que no pertenezca a una aseguradora, a una central de alarmas o a una cita médica? Toleramos con resignación esas llamadas de trámite, a través de un algoritmo que filtra y clasifica a los interlocutores hasta

que por fin aparece una voz humana, casi siempre fatigada y lejana. Sabemos que a un robot se le puede molestar a cualquier hora, pero no a los ciudadanos del siglo XXI, acosados por la exigencia de un tiempo que se les escapa por el sumidero, y con una nueva noción de la privacidad. No se les osa llamar sin aviso previo pues ya no sólo se trata de un acto invasivo, sino hasta de mala educación. Nos citamos por WhatsApp e incluso por e-mail: "Estás disponible?", nos preguntamos, con temor a ser inoportunos. Consideramos que para comunicarse oralmente son necesarias muchas más energías que para colocar un mensaje, sea de texto o de voz, sin necesidad de fricción con el otro. Ello ha provocado que lo real parezca más impostado que lo virtual: dos personas llamándose de forma espontánea en lugar de una cadena de mensajes, que en realidad son mucho más invasivos que esa llamada. Las pantallas actúan de escudo frente a la realidad: no dejamos de mirarlas, pues nos hacen sentir propietarios de un arsenal de herramientas, de imágenes y entretenimientos varios, pero nos desentendemos del mundo de afuera a nuestro antojo. La razón principal, el



puente que en su día estableciera Edison para escuchar la voz humana —incluso la que no llegaba nunca como en aquel angustioso monólogo de Cocteau—, se ha transfigurado en una central de datos que a la vez nos aísla y enmudece.

En las redacciones antes se llamaba constantemente por teléfono, y lo siguen haciendo, no siempre con suerte, los mayores de cincuenta años. El resto prefiere comunicarse a través de las redes, con signos y emojis en lugar de palabras

y grafías personales. La conversación, entendida como arte sin fin, y como una forma de pensar colectivamente, se ha espesado y desfallecido. Paradójicamente, nunca como ahora, en España, se había invocado tanto la palabra diálogo, olvidando, eso sí, su significado: "Plática entre dos o más personas, que alternativamente manifiestan sus ideas o afectos". Un buen diálogo puede llegar a agotar el tema, pero nunca a sus interlocutores.